

Carlos de Alacón maldijo por lo bajo cuando comprobó que se había manchado las botas con el hediondo barro del charco que, inadvertidamente, había pisado. No era la primera vez que venía a este piojoso barrio, tanto por ocio como por deber, pero normalmente no traía su mejor calzado. Olvidándose de las botas, contemplo la ruinosa casa que tenía enfrente, la cual no destacaba del resto de la calle. Ya conocía el sitio, así que no dudó cuando empujó la puerta de entrada tras golpear dos veces con el puño. El interior era una única habitación en la que se encontraban una docena de hombres malencarados. Serafín, su jefe, se levanto a su encuentro.

-¿Ya es la hora?

-No. Me han dicho que el camino que se iba a usar aun está vigilado. Ni idea de cuánto tiempo se tardara. Y hasta que no quiten esa vigilancia no podemos hacer nada. No hay otro camino.

-Siempre hay otro camino- dijo de repente una voz.

Carlos se giro hacia ella. Su dueño era bajo y fornido y se dedicaba a afilar un cuchillo de gran tamaño. No le miraba sino que estaba concentrado en su trabajo. Carlos miró irritado al hombre. Bajo y fornido, vestía cueros recios y telas bastas de color pardo. La cara, curtida por el sol y oculta por una barba castaña, no le resulto conocida.

-¿Que tonterías dices? No hay muchas maneras de cruzar el rio y esa es la más discreta.

-Solo hay que buscar. Sera más o menos difícil, pero ahí estará- Afirmo el hombre.

Carlos bufó. -¿Entonces también me dirás que hay un camino para llegar a... la puerta de San Georgio y quitar la bandera que hay en lo alto?. - No se le ocurría nada mas desatinado.

-Por supuesto- respondió el otro flemáticamente - Por un precio- añadió.

Obedeciendo un impulso, Carlos cogió su bolsa de monedas y se la lanzo al insolente a sus pies. Este, sin inmutarse, ojeo el interior y sin decir palabra salió de la casa. Carlos, atónito, no pudo articular palabra en un buen rato. Serafín le contó después lo que sabía. Se llamaba Tomás, un mercenario oriundo de las montañas de Oisca. Él decía que antes había sido cabrero aunque algunos afirmaban que mas bien contrabandista. Había bajado al Sur después de que una peste acabara con los habitantes de su pueblo. Al parecer había bajado en compañía de su hermanastra Alicia, pues era hijo bastardo de un noble de la zona y a la que debía querer mucho. Ella, decían, estaba recluida en un convento de monjas pues la enfermedad le había reblandecido los sesos. Lo que si sabia Serafín a ciencia cierta es que Tomás no gastaba todo el dinero que obtenía de su trabajo como mercenario, así que suponía que lo mandaba para el mantenimiento de Alicia. Por lo demas, tenía fama de excelente rastreador y de cumplir siempre sus encargos.

Había pasado ya la medianoche hacia rato cuando se oyeron unos golpes en la puerta e inmediatamente apareció Tomas en el umbral. Tenía el pelo y la barba totalmente mojados, al igual que el trapo que Tomás arrojó a los pies de Carlos. Un estandarte de los Morados Viejos. Luego se volvió a sentar junto al fuego y sacando la piedra de amolar empezó de nuevo a afilar su cuchillo. Carlos extendió con el pie el trapo. Finalmente dijo:

-¿Que es lo que quieres ahora?- Pues el hombre se había quedado mirándolo fijamente sin dejar de afilar.

-Mi dinero.- repuso Tomás.

Carlos, que había recogido la bolsa de monedas del suelo, dudo un momento, avergonzado por la insolencia del hombre. Pretendiendo una salida airosa, se la volvió a tirar a los pies mientras decía:

-Ahí tienes. Así podrás sacar a tu hermana del burdel.- Dicho lo cual se dio la vuelta y salió rápidamente de la casa. Tan rápido salió que volvió a pisar el charco de nuevo. Tal vez por eso, entretenido por la mierda en sus botas, no pudo oír como alguien dejaba de afilar su cuchillo.

Tomás el cabrero tiene la apariencia esperable de su apodo. Viste ropas sencillas y fuertes, adecuadas para la vida en la montaña. Como armas lleva su cuchillo de monte, de hoja larga y ancha y un solo filo, afilado compulsivamente en todo momento. También lleva una ballesta con la que tiene una puntería aceptable.

Tomás cumple escrupulosamente sus contratos, no importa lo difícil que se haya vuelto una situación, no huirá. Su rol habitual es explorador. Gracias a sus años como pastor, cazador y contrabandista, es capaz de buscar o acechar a su objetivo sigilosamente, atacando en el momento más inesperado. Ciertamente su cuchillo es un arma de corta distancia pero normalmente no deja que sus adversarios se pongan en guardia.